

una idea fija, tenía yo aquí y allá algún pensamiento luminoso en mi sueño y en mi tema predilecto." Es natural que nadie me oyese. No obstante, todos estaban unánimemente de acuerdo en que no podía ser de otro modo, que las cosas me habían desazonado de nuevo en Stanz y que á mí me disgustaba todo lo práctico.

F. . . me ha referido á este respecto una singular conversación de amigos. Sucedió esto en una reunión pública; mas yo no expondré los detalles.

EL PRIMERO decía: ¿Has visto qué aspecto tan horrible tiene él?

EL OTRO.—Sí; el pobre loco me da lástima.

EL PRIMERO.—A mí también; pero es inútil querer hacerlo cambiar. Cada vez, cuando por un momento arroja de sí un rayo de luz, puede creerse que él es realmente capaz de algo; mas, pasado ese instante, la oscuridad vuelve á rodearlo y, si uno se aproxima á ella, se ve que él se ha quemado á sí mismo.

EL OTRO.—¡Si él lo hubiera hecho una sola vez por completo! ¡El no tiene remedio hasta que se haya convertido en cenizas!

EL PRIMERO.—¡Uno debe desearlo pronto por él, Dios lo sabe!

Tal era el premio de mi obra de Stanz; una obra que ningún mortal había ensayado todavía en tales proporciones y bajo semejantes circunstancias, obra cuyos resultados íntimos me han conducido al punto en que me encuentro ahora.

Se admiraron cuando me vieron bajar de Gurnigel con la misma voluntad y con los mismos desig-

nios que antes; y no quería y no buscaba otra cosa que un rincón en donde poder reanudar, sin atender á otra consideración secundaria, el hilo en el punto en que lo había dejado cortado.

RENGGER y STAFFER (16) se alegraron. El juez superior SCHNELL me aconsejó que me fuese á Burgdorf y dos días después estaba yo allí. Encontré en el prefecto SCHNELL y en el doctor GRIMM (17) dos hombres que conocían la arena movediza sobre la cual estaban establecidas nuestras viejas escuelas ruinosas, y que no obstante no pensaban que fuese imposible encontrar un terreno firme bajo esa capa gigantesca de arena movediza. A ellos débiles gratitud. Ellos tomaron interés por mis proyectos y han contribuido con su acción y su buena voluntad á abrirme el camino que buscaba.

Mas él tampoco estaba aquí libre de dificultades. Por fortuna me consideraron desde el principio poco más ó menos como á uno de esos maestros de escuela ambulantes que buscan su vida de pueblo en pueblo. Algunos ricos me saludaban afablemente; algunos eclesiásticos me deseaban la bendición de Dios para mis proyectos; las gentes cuerdas creían que bien podría salir de ello algo útil para sus hijos: todo parecía esperar resignadamente hasta que se viese lo que de allí iba á resultar.

Mas el maestro de escuela no-burgués (18) de la ciudad baja (19) á cuya escuela había sido yo enviado, tomó la cosa un poco más á serias. Yo creo que él tenía la idea de que el fin principal de mi ardoroso cacareo del ABC era suplantarle, echar su puesto con piel y pelos (20) en mi mochila. Una

vez propagóse rápidamente en las calles vecinas á la en que él vivía el rumor de que el catecismo de Heidelberg estaba en peligro (21). Ese catecismo continúa siendo en las ciudades protestantes de la Suiza el alimento intelectual á que es reducida deliberadamente la juventud de la burguesía ordinaria y de los habitantes no-burgueses, durante un tiempo tan largo como á los rústicos aldeanos más desvalidos; y tú sabes que entre nosotros ese tiempo no concluye hasta el día en que deben ir á recitar las oraciones ante el pastor, esto es, el día en que celebran sus esponsales (22).

Sin embargo, lo del catecismo heidelberguense no fué el único ataque contra mí. Además, cuchicheaban en las calles que yo no sabía escribir, ni calcular, ni aun leer bien.

Pues bien, amigo mío, tú ves que no son del todo falsas las habladurías de las calles: yo no sabía en verdad ni escribir, ni calcular ni leer correctamente. Mas siempre se deducen demasiadas conclusiones de esas verdades de las calles. Tú lo has visto en Stanz; yo podía enseñar á escribir sin saber yo mismo escribir bien, y ciertamente mi incapacidad en esas materias era una condición indispensable para hacerme descubrir el método más sencillo de enseñanza y para sugerirme los medios con ayuda de los cuales el más inexperto y el más ignorante de los hombres podría llegar á enseñar por sí mismo á sus hijos.

Con todo, no era posible pretender que los no-burgueses de Burgdorf aceptasen todo de antemano, ni mucho menos hacerlos creer en ello. Ellos también

no lo hicieron. Declararon en una reunión que no querían que se hiciese con sus hijos el ensayo del nuevo método de enseñanza, que los burgueses debían probarlo en los suyos propios.

Esto también se realizó. Mis protectores y mis amigos, desplegando toda la habilidad que era necesario emplear en un país tal y para un objeto semejante, concluyeron por obtener mi entrada en la escuela más inferior de la ciudad alta (23).

Yo me consideraba feliz. Sin embargo, al principio estaba como espantado; temía á cada momento que me despidiesen otra vez de la escuela. Ese temor me hacía más incapaz de lo que en realidad lo soy; y cuando me acuerdo del ardor y de la actividad con que en las primeras clases de Stanz me edificué un templo encantado, y, en seguida, del temor con que en Burgdorf me arrastré bajo el yugo rutinario de la escuela, casi no puedo comprender cómo el mismo hombre pudo hacer lo uno y lo otro.

Había allí reglamento escolar, apariencia de responsabilidad y cierta pedantería y pretensión. Todo eso era nuevo para mí. En mi vida había llevado yo semejante carga; pero quería conseguir mi objeto, y la llevaba. Me puse á cacarear mi ABC diariamente desde la mañana hasta la tarde, siguiendo sin plan determinado la marcha empírica que había debido interrumpir en Stanz. Combinaba, sin cansarme, series de sílabas; llenaba libros enteros de hileras graduales de sílabas y de columnas de números; y trataba de todos modos de reducir los principios del deletreo y del cálculo á la mayor sencillez y á formas que deben conducir al niño, con

el arte psicológico más grande, gradualmente del primer paso al segundo, pero en seguida, sin lagunas y sobre los fundamentos del segundo perfectamente comprendido, al tercero y al cuarto con rapidez y seguridad. Mas en lugar de las letras que en Stanz hacía escribir á los niños en la pizarra de piedra, aquí les hacía dibujar ángulos, cuadrados, líneas y arcos.

Ejecutando ese trabajo, se desarrolló poco á poco en mi espíritu la idea de la posibilidad de un *ABC de la intuición* (24), medio muy importante para mí y cuya realización me hacía entrever en su conjunto, aunque vagamente todavía, todo un método general de enseñanza. Pasó aún mucho tiempo antes de que se esclareciesen mis ideas sobre ese punto. Ello sin duda te parecerá incomprensible; pero nada es más cierto: yo había preparado durante meses los principios elementales de la enseñanza y hecho todo lo posible para reducirlos á la mayor sencillez, y, no obstante, no conocía todavía su encadenamiento ó, por lo menos, todavía no me daba cuenta bastante clara de ellos; pero sentía que cada hora avanzaba más, y yo avanzaba á pasos gigantes.

Calzaba aún los zapatos de muchacho cuando me habían predicado ya, como una cosa sagrada, el servir de abajo para arriba (25). Mas ahora sé por experiencia propia que para hacer prodigios se debe, aun con cabellos grises, proceder igualmente de abajo para arriba. No abrigo la pretensión de hacerlos, tampoco lleno las condiciones previas para ello y no traeré nunca en mis manos ni su verdad

ni su charlatanería: pero si los hombres que á mi edad tuviesen todavía toda su cabeza y la calma de sus nervios quisiesen ó debiesen en una empresa como la mía proceder de abajo para arriba, llegarían á ello por uno ó el otro camino. Pero no, tales hombres buscan á mi edad, como es conveniente y razonable, su silla poltrona. No he llegado á ese estado. Yo aun debo regocijarme, en mis días de ancianidad, de que se me deje obrar de abajo para arriba. Lo hago gustoso, pero á mi manera. Todas mis acciones y todos mis esfuerzos se dirigen únicamente á buscar el camino real cuyas ventajas consisten en que su dirección recta y su curso hacen desaparecer las vías tortuosas por las cuales se llega generalmente á la gloria y á los milagros. Si efectúo lo que trato de hacer, no necesito más que decirlo para que el más cándido lo haga después. Mas, á pesar de mi clara previsión de que no llegaría así á conquistar gloria ni á hacer milagros, aprecio sin embargo como la corona de mi vida el haber seguido aún en los días de mi vejez y durante varios años esa marcha gradual y progresiva. Las ventajas de ese método se hacen cada día más y más evidentes para mí. Tomando á mi cargo todas las partes de las empolvadas obligaciones de la escuela, no sólo superficialmente sino desempeñándolas desde las 8 de la mañana hasta las 7 de la tarde, salvo algunas horas de interrupción, chocaba naturalmente á cada instante con hechos que ponían á luz la existencia de las leyes físico-mecánicas según las cuales nuestro espíritu recibe y conserva más ó menos fácilmente todas las impresiones

exteriores. Cada día organizaba también mi enseñanza en un espíritu más conforme á esas leyes; pero no llegué á darme cuenta de su principio fundamental hasta el día en que el consejero ejecutivo GLAYRE, á quien yo trataba de explicar el verano pasado la naturaleza de mi método, me dijo: "*Vous voulez mécaniser l'éducation*" (26).

El le dió al clavo en la cabeza, y me puso en la boca la palabra precisa que designaba á la vez la naturaleza de mis proyectos y de los medios que yo empleaba (27). Yo tal vez habría permanecido largo tiempo sin encontrar esa palabra, porque yo avanzaba sin darme cuenta de lo que hacía, dejándome guiar únicamente por sentimientos oscuros, pero vivos, que aseguraban mi marcha sin hacerme la conocer;—yo no podía hacer otra cosa. Después de treinta años no he leído ni un solo libro, y no podía leer ninguno más; no tenía ya lenguaje ninguno para las ideas abstractas y vivía sólo de mis convicciones, que eran el resultado de intuiciones numerosas, pero la mayor parte olvidadas.

Así también he principiado ahora, sin darme cuenta del principio que me servía de base, á ceñirme en las explicaciones que daba á los niños sobre todo á las cosas que hieren comunmente sus sentidos. Y como insistía hasta el extremo en los primeros elementos de la enseñanza, trataba de investigar también hasta su primer punto la época en que principia la instrucción del niño y adquirí pronto la convicción de que: la primera hora de su instrucción es la hora de su nacimiento. Desde el instante en que sus sentidos se hacen sensibles á las impresio-

nes de la naturaleza, desde ese instante lo instruye la naturaleza. La vida nueva no es otra cosa que la facultad, llegada á la madurez, de recibir esas impresiones; ella no es otra cosa que el despertamiento de los gérmenes físicos, llegados á la perfección, que van á emplear todas sus fuerzas para proseguir el desarrollo de su propia organización; no es otra cosa que el despertar del animal (28), ahora completo, que quiere y debe llegar á ser hombre.

Toda la enseñanza del hombre no es, pues, otra cosa que el arte de tender la mano á esa tendencia natural hacia su propio desarrollo, y ese arte reposa esencialmente en los medios de poner en relación y en armonía las impresiones que han de grabarse en el niño en la graduación precisa del desarrollo de sus fuerzas. Hay, pues, necesariamente en las impresiones que deben comunicarse al niño por medio de la enseñanza una graduación que seguir, cuyo principio y cuyos progresos deben corresponder exactamente al principio y á los progresos de las fuerzas del niño en su desarrollo progresivo. Yo ví, pues, pronto que era necesario descubrir esa graduación en todos los ramos que abrazan los conocimientos humanos, principalmente en las nociones elementales de donde parte el desenvolvimiento del espíritu humano, y que ese era el medio único y sencillo de llegar á componer verdaderos libros de escuela y de instrucción, conforme á nuestra naturaleza y á nuestras necesidades. Asimismo, pronto reconocí que el punto esencial en la composición de esos libros consistía en dividir la enseñanza siguiendo la marcha progresiva de las fuerzas del niño, y

en determinar con la precisión más grande, en los tres ramos (29) de conocimientos, lo que conviene á cada edad del niño, para no omitir, por una parte, nada de lo que él es enteramente capaz de aprender, y, por otra, para no recargar ni perturbar su inteligencia con estudios que él no es capaz de comprender.

Era evidente para mí que no es razonable hacer deletrear á un niño antes de haberle inculcado una suma de conocimientos sobre el mundo real y sobre el lenguaje. Además, estaba convencido de que el niño desde la más tierna edad necesita una dirección psicológica para obtener una intuición razonable de todas las cosas. Mas como en una dirección de ese género, sin cooperación del arte de los hombres tal como son, no es de pensar ni de esperar, debí llegar irremediamente á sentir la necesidad de los libros de intuición que deben preceder á los abecedarios para explicarles á los niños, por medio de dibujos bien escogidos y bien distribuídos, las ideas que se les quieren comunicar por medio del lenguaje (30).

La experiencia confirmó completamente mi juicio. Una excelente madre me confió la educación de su hijito, apenas de tres años de edad. Lo visité durante algun tiempo una hora diaria y pude, gracias á él, también durante ese tiempo tomarle el pulso á mi método. Ensayé letras, figuras y todo lo que caía en mis manos, para enseñarle, es decir, para darle por todos esos medios nociones é ideas bien definidas. Lo hice nombrar con precisión todo lo que él conocía de cada cosa, el color, las partes ó miem-

bros, la posición, la forma y los números. Bien pronto debí también dejar á un lado el primer suplicio de la infancia, las malhadadas letras; él no quería más que imágenes y objetos. No tardó en llegar á expresarse con precisión sobre todos los objetos que estaban en la esfera de sus conocimientos. El encontraba en la calle, en el jardín y en la pieza ocasiones bastantes para aplicar sus conocimientos, y llegó también muy pronto á conocer en la *Historia Natural* de Buffon series enteras de animales los más desconocidos y de nombres los más difíciles y hacer con grande exactitud, con respecto á los animales como también á las plantas, gran número de observaciones y distinciones.

Sin embargo, esa prueba no era concluyente ni para indicar el momento en que principia la primera enseñanza. Ese niño había perdido también tres años, y abrigo la convicción de que á esa edad la naturaleza nos ha dado ya los conocimientos más positivos sobre una infinidad de objetos. Se necesita solamente que nosotros encadenemos con arte psicológico el lenguaje á esos conocimientos para llevarlos á un alto grado de claridad, y colocar así á los niños, por ese medio, en estado de encadenar ambos, los principios del arte bajo todas sus formas y de la realidad bajo todas sus faces á lo que la naturaleza misma les enseña, é, inversamente, de utilizar lo que la naturaleza misma les enseña como medios de poner en claro todos los fundamentos del arte y de la claridad que se les quiere inculcar. Ambos, el vigor intelectual y la experiencia, son ya grandes á esa edad, pero nuestras escuelas con su

sistema anti-psicológico no son absolutamente otra cosa que máquinas artísticas para asfixiar todos los frutos de ese vigor y de la experiencia, cuyos gérmenes de vida ha colocado en ellos la naturaleza misma.

Tú lo sabes, amigo mío. Mas represéntate, por un instante aun, todo el horror de ese asesinato. Hasta los cinco años se abandona á los niños el pleno goce de la naturaleza, se deja obrar sobre ellos todas las impresiones que de ésta reciben; ellos sienten su fuerza, ellos gozan ya por todos sus sentidos de la libertad y de todos sus encantos; la marcha natural y libre que sigue en su desarrollo el salvaje y que lo hace materialmente feliz, se deja ver ya en ellos por una tendencia bien definida. Y después que ellos han gozado cinco años enteros de las delicias de la vida sensitiva, se hace desaparecer bruscamente de su vista toda la naturaleza que los rodea: una fuerza tiránica suspende el curso encantador de su independencia y libertad; se les arroja como las ovejas, á manadas compactas, en un cuarto infecto; se les encadena inexorablemente durante horas, días, semanas, meses, años á la contemplación de las infelices letras, uniformes y sin atractivos, y se imprime á toda su vida una dirección que presenta con su existencia anterior un contraste de volverlos locos.

Me detengo aquí, porque de lo contrario ¡llegaría á trazar el retrato del maestro de escuela, y á mostrar el horrible contraste que existe entre su ser y su acción, y entre su miseria y la naturaleza! Pero, amigo, dime: la cuchilla que corta el cuello del cri-

minal y que hace pasar de la vida á la muerte ¿puede producir en su cuerpo una impresión más fuerte que la que produce en el alma de los niños el paso repentino de la vida natural, de que ellos han gozado tanto tiempo, á la existencia tan digna de compasión que llevan en la escuela?

¿Permanecerán los hombres eternamente ciegos? ¿No querrán remontarse hasta las primeras causas de donde dimanar el desorden de nuestro espíritu, la pérdida de nuestra inocencia, la ruina de nuestras fuerzas; hasta las fuentes de nuestras miserias que nos proporcionan una vida de sinsabores y que conducen á millares de los nuestros á morir en los hospitales ó á las cadenas de los manicomios, á la locura?

Caro Góssner, ¡cuán bien yaceré en mi tumba, si he podido contribuir con algo para dar á conocer esas fuentes! ¡Cuán feliz me sentiré en mi sepulcro, si he llegado á reunir en la educación del pueblo la naturaleza y el arte, tan íntimamente como ahora violentamente están separados! ¡Ah! todo mi ser se subleva al ver la naturaleza y el arte no solamente separados en la educación del pueblo, sino aun puestos en contradicción hasta la locura por hombres perversos!

Es como si un genio maligno hubiese reservado desde miles de siglos á nuestra parte del mundo y á nuestra generación para regalarnos, con la más refinada habilidad, esa separación infernal; para hacernos más impotentes y más miserables, en este siglo de filosofía, de lo que la especie humana no lo ha sido nunca en ninguna época, ni en ningún país,

por causa de la ilusión que uno se hace á sí mismo, de la presunción y de la vanidad.

¡Con cuánto gusto olvido un mundo que presenta un espectáculo semejante! ¡y cuán bien me encuentro, en un tal estado de cosas, al lado de mi pequeño, querido Luis (31), cuyos caprichos me obligan á mí mismo á penetrar más y más en el espíritu de los libros elementales destinados á los niños! Sí, amigo mío, esos libros son los que deben dar y los que darán el primer golpe verdadero á la enseñanza absurda de nuestra época. El carácter que ellos deben tener se hace más y más claro. Ellos deben partir de los elementos más sencillos de los conocimientos humanos; ellos deben grabar profundamente las formas esenciales de todas las cosas en la inteligencia de los niños; ellos deben desarrollar en éstos, temprana y claramente, la primera idea de las relaciones de los números; ellos deben darles la palabra y el lenguaje aplicables á todo el conjunto de sus conocimientos y de su experiencia, y por último, deben en todas partes bastar ampliamente para hacerlos trepar los primeros peldaños de la escala de los conocimientos por la cual la naturaleza misma nos conduce á todo saber y á todo poder. ¡Qué laguna no es para nosotros la falta de ese libro! Nos hace falta no sólo porque debemos dárnoslo á nosotros mismos mediante nuestro arte, sino también porque debemos dárnoslo no sólo una sino varias veces. También el espíritu de ese libro con cuya vida nos rodea la naturaleza toda, sin nuestra participación, también ese espíritu nos falta y nosotros nos hacemos violencia, apagando en

nosotros mismos, mediante nuestras escuelas lamentables y la enseñanza exclusiva de las letras, la última huella del estilo de fuego con que ella quiere grabarlo en nuestros corazones.

Empero, vuelvo á proseguir mi camino.

Escudriñando los principios elementales de toda instrucción y de toda actividad intelectual en interés del método mismo y de los niños que deben ser desde la cuna educados según él, empleé con los niños educados fuera del método que cayeron en mis manos, medios que parecían oponerse justamente á mis principios y principalmente al encadenamiento psicológico, en el estudio de las cosas y de las palabras, que debe guiar el desarrollo de las ideas de los niños. Yo no podía hacer otra cosa, debía investigar como á ciegas el grado de fuerza intelectual, que habían alcanzado y que yo no había podido hacer desarrollarse en ellos. Lo investigué de cuantos modos me fué posible, y lo encontré en todas partes, hasta en los escombros del desamparo más grande, intensivamente mucho más adelantado de lo que me parecía ser posible en la falta incomprensible de todo conocimiento y de toda fuerza adquirida por la educación. En todo lo que los hombres ejercían influencia encontré una remisión indecible; sin embargo, detrás de esa flojedad, la naturaleza no estaba muerta. La experiencia me ha enseñado esto, y yo puedo decir ahora: se necesita largo tiempo, más largo tiempo de lo que se cree, para que el extravío y la locura del género humano llegue á ahogar completamente la naturaleza humana en el corazón del niño. Un Dios es quien ha puesto en nuestros

pechos un contrapeso á nosotros mismos para preservarnos de la locura. La vida y la naturaleza toda, flotando alrededor de nuestro ser, sostienen ese contrapeso y la eterna complacencia del Creador no quiere que se pierda en nosotros la santidad de nuestra naturaleza en nuestra debilidad y en nuestra inocencia, sino que todos los hijos de los hombres lleguen con *seguridad* al conocimiento de la verdad y de la justicia, hasta que ellos, perdiendo *por sí mismos* la dignidad de su naturaleza interior, se extravían en el laberinto del error y en el abismo del vicio *por su propia culpa* y *con plena conciencia de ella*. Mas los hombres no saben lo que Dios ha hecho por ellos, y no atribuyen ninguna importancia á la influencia inconmensurable de la naturaleza sobre la educación; ellos, al contrario, hacen grande estimación de todas las mezquindades que agregan, demasiado mala y tontamente, á esa acción poderosa, como si su habilidad hiciese todo por la especie humana, y la naturaleza nada. Mientras más seguía sus huellas, trataba de encadenar mi acción á la suya y me esforzaba para marchar el mismo paso que ella, tanto más inmenso me parecía ese paso como también la inteligencia del niño para seguirlo. (En ninguna parte encontré impotencia para utilizar lo que hay en la naturaleza, sino en el arte.) El puede ser impotente para utilizar lo que le presenta el arte, jamás para lo que le ofrece la naturaleza; y cuando esa impotencia existía estaba en mí mismo y por cuanto yo me empeñaba en querer dirigir un carro que no se debía dirigir sino solamente cargar y que cami-

naba por sí mismo. Yo me detenía tres veces antes de determinarme á creer que los niños fuesen incapaces para algo, y diez veces antes de decir: esto es para ellos una cosa imposible. Ellos hacían lo que me parecía un imposible para su edad. Hice deletrear á niños de tres años el galimatías más insensato, sólo porque él era insensatamente difícil. Amigo, tú has oído á niños de menos de cuatro años deletrear de memoria las frases más largas y más difíciles ¿habrías creído que eso era posible, si tú mismo no lo hubieses visto? De igual manera les enseñaba planas enteras de geografía que estaban escritas con numerosísimas abreviaturas y les hacía leer al mismo tiempo las palabras más desconocidas, indicándolas con un par de letras, cuando á penas podían deletrear los caracteres impresos. Tú has visto la exactitud y la precisión con que ellos leían esas planas y la facilidad perfecta con que podían aprenderlas de memoria.

Yo ensayé aún hacerles comprender gradualmente á algunos niños de más edad algunas frases muy complicadas é ininteligibles de física. Ellos aprendían enteramente de memoria las frases, pronunciándolas y leyéndolas, como también las preguntas que esclarecían esas frases. Al principio era como una lección de catecismo, una repetición mecánica, como de papagayo, de palabras oscuras é incomprensibles. Sólo la separación exacta de los diversos pensamientos, la ordenación determinada de esas separaciones y la conciencia, grabada profundamente hasta hacerla indeleble, de esas palabras oscuras, pero que en medio de su oscuridad lanzan un rayo